



Academia de Ciencias Sociales y del Medio Ambiente de Andalucía

*DISCURSO DE INGRESO
DEL*

*EXCMO. SR. D.
JOSÉ CAZORLA PÉREZ*

GRANADA, 23 DE NOVIEMBRE DE 2001

**LA ESCUELA MUDÉJAR: EVOCACIÓN DE UNA EXPERIENCIA
PERSONAL DE TRES DÉCADAS (1950-1980)**

D. Manuel José Cazorla Pérez

**Discurso de Ingreso en la
Academia de las Ciencias Sociales y del
Medio Ambiente de Andalucía**

"El 'yo' es la gran trampa. Nos vemos como una multiplicidad de 'yoes' que giran en torno al nuestro. Cuando en realidad lo que existe y permanece es el todo, el conjunto".

Francisco Murillo, **Reflexiones sobre el pasado y su inevitable manipulación**, Discurso de Recepción en la Real Academia de CC. Morales y Políticas, 1997.

Preámbulo

Constituye un placer y un gran honor el dirigirme en esta ocasión a los distinguidos miembros de la Academia Andaluza de Ciencias Sociales y Ambientales, que me acoge en su seno, y en particular a quienes propusieron mi ingreso en ella, Profesores Pascual, Roca e Iglesias. Gracias, de todo corazón. A este último además, debo el favor de haber aceptado al hacerse cargo de mi presentación ante la Academia, y no menos, al haberme sugerido el tema objeto de mi intervención, obviamente, por razón de mi experiencia –que llamaríamos ya histórica- y no por cualesquiera otros conocimientos. Reitero mi gratitud y prometo dedicar, en lo que valgan, mis esfuerzos a aquellos objetivos y fines que, cuando fue fundada esta Academia –aún no hace mucho- se propusieron sus ilustres fundadores.

Los recuerdos son muchos, y el espacio limitado. Por tanto, -desde mi perspectiva más bien subjetiva, con otro preámbulo y un mínimo epílogo- voy a condensar mi exposición reduciéndola a tres décadas que fueron decisivas para el desarrollo de las CC. Sociales y Jurídicas en esta Universidad, y también en España, y de las que fui testigo. Posiblemente en algún momento futuro habrá ocasión de completar este trabajo con una segunda parte, que lleve hasta la actualidad el importante papel que

la "Escuela Mudéjar" ha desempeñado durante casi un siglo³⁰³.

El origen de "La Escuela Mudéjar"

El hablar de "La Escuela Mudéjar", especialmente en el ámbito de la Ciencia Política y la Sociología españolas contiene una significación un tanto irónica. Surgida esa denominación de la socarrona mente del Profesor Carlos Ollero (él decía más bien "clan mudéjar"), hace ya medio siglo, se ha venido refiriendo a la pervivencia en una serie de profesores, de un espíritu más o menos tradicional, en cuanto a los valores de la cultura, crítico, y también autocrítico, a veces mordaz, siempre riguroso en lo académico, y además muy influido por el medio ambiente granadino. Ambiente poco común de sensibilidad a los contrastes entre riqueza y pobreza, belleza y vulgaridad, Historia y necio egoísmo, poder político y subdesarrollo.

Así, se le atribuyen rasgos identificativos que consideran a Fernando de los Ríos –ya en 1911- como su involuntario fundador, seguido dos décadas después por Joaquín García Labella, víctima de nuestra guerra civil, y ya a comienzos de los años 40, por Enrique Gómez Arboleda, Luis Sánchez Agesta y Francisco Murillo Ferrol. Son ellos los que me han venido contemplando largo tiempo (47 años, 9 meses y ocho días, mi período formalmente activo en la Universidad), desde sus fotografías autografiadas en la pared de mis sucesivos espacios de trabajo en la Facultad de Derecho, en el Vicerrectorado de Ordenación Académica, y luego, en esta Facultad de CC. Políticas y

³⁰³ La temática general de "La Escuela mudéjar" pienso desarrollarla en cuatro trabajos distintos, que, por orden cronológico serán los siguientes: "Unos hombres en su circunstancia", conferencia pronunciada en 17/2/2000 en "la Facultad de CC. Políticas y Sociología de la Universidad de Granada, pendiente de publicación. La escuela mudéjar: Evocación de una experiencia personal de tres décadas," que es el presente discurso (23/11/2001). "La política, de la práctica a la teoría", sección I, "El juego de la oca", apareció en Revista de Estudios Políticos, nº 101, 1998 (sobre la génesis de la Facultad citada). El cuarto, pendiente aún de redacción, se referirá a la Escuela en el período 1980-2001. Todos estos trabajos citados, originales de que suscribe. Y del quinto es autor el profesor Felipe Morente Mejías, "Sociología en España, la influencia de la Escuela de Granada", inédito, Universidad de Jaén. Tenemos el propósito de publicarlos conjuntamente en un libro a editar por la mencionada Facultad.

Sociología. Su permanente mirada ha servido –y mucho- para recordarme lo que ellos significaron para esta Universidad, y por tanto, hasta donde mi deber era ineludible.

Como es bien sabido, fueron estos tres últimos profesores quienes –ya más cerca de nuestro tiempo- dieron un nuevo impulso a ambas Ciencias frente a la penuria y las dificultades, que por todas partes socavaban el panorama intelectual español de finales de los años 40 y comienzos de los 50. Tuve la suerte de coincidir con ellos en el momento de mi entrada como estudiante en la Universidad de Granada, en 1948, y a ellos tres debo el impulso que iba a decidir en forma definitiva mi orientación profesional. La coyuntura era única, y necio hubiera sido el desperdiciarla. No voy a repetir aquí el perfil que de estos tres hombres excepcionales en particular bosquejé y publiqué hace ya años. Cuando en 1984, y como Decano de la Facultad de Derecho, tuve el honor de proponer como Doctores Honoris Causa por esta Universidad a los profesores Sánchez Agesta y Murillo, les dediqué una Laudatio tan extensa como posible, pero más breve de lo que hubiera deseado. En cuanto al Profesor Gómez Arboleya, en el libro que en su homenaje coordinó Julio Iglesias de Ussel para el Ayuntamiento de Granada en 1988, participé también con un artículo biográfico.

Bastará pues, recordar aquí, para situar los acontecimientos en su debido encuadre, que el impacto personal e intelectual que estas personalidades ejercían sobre un alumno de primer curso de Derecho en aquel ya lejano 1948 era simplemente abrumador. Arboleya sólo nos dio clase durante el primer cuatrimestral de Derecho Natural, para marchar a Madrid a continuación con objeto de preparar concienzudamente su oposición –celebrada en 1954- a la Cátedra de Sociología de la Complutense. Hacia 1950 participó en unos cursos sobre temas sociológicos que por primera vez dieron en el Instituto de Estudios Políticos de Madrid, varios prestigiosos profesores, como Diez del Corral, Maravall, Tierno, Jiménez de Parga y otros. También inició por entonces

la formación de algunos jóvenes como Carlos Moyá, Salvador Giner y Salustiano del Campo. Todas estas ocupaciones no impidieron a Arboleya continuar benévolamente su contacto conmigo en forma algo esporádica, contacto que nunca se interrumpió hasta su muerte en 1959.

Murillo había soportado –aún muy joven- toda la guerra civil en el frente, continuó movilizado después de ella, y cuando había por fin reiniciado sus trabajos académicos, volvió a ser enviado al Pirineo al concluir la guerra mundial, ante el temor del régimen a una invasión de los aliados. Pasado aquel momento de incertidumbre, continuó como profesor adjunto en Granada, sustituyendo precisamente a Arboleya, y manifestando una afinidad personal que desde entonces hemos mantenido por encima de tantos avatares. En 1952 ganó la cátedra de D^o Político en Valencia, llevándose como adjunto a Jiménez Blanco.

En cuanto a Sánchez Agesta, en el año último de la carrera me sugirió que me orientase hacia la Sociología Política. En efecto, ya en 1953 había sido nombrado ministro de Educación Joaquín Ruiz Jiménez, quién al poco tiempo implantó la Sociología en las Facultades de Derecho como asignatura obligatoria, pero que se podía cursar en cualquier año de la carrera. De modo que me preparé para explicar esa materia, especialmente en base al excelente texto original de MacIver, publicado en 1950 y que había tenido ya varias reediciones. Pese a ser sólo Ayudante de clases prácticas, Agesta, por entonces Rector de la Universidad y lógicamente muy ocupado, me confió la enseñanza completa de la asignatura en el curso 1955-56. Con gran ilusión la dí, convencido de que así se abría a los futuros juristas no solo una perspectiva más amplia de la sociedad, sino también un resquicio a una Universidad más abierta a influencias exteriores de toda índole.

Desgraciadamente, un enfrentamiento en 1956 entre estudiantes falangistas y otros, terminó en un joven muerto, y en consecuencia con

un choque entre Ruiz Jiménez y Arrese, ministro de la Falange. Franco aprovechó la ocasión para desembarazarse sumariamente de ambos, que le resultaban molestos, uno por demasiado "liberal" y el otro por todo lo contrario. Ahí murió formalmente la oportunidad de la introducción de las CC. Sociales en el cerrado mundo del juridicismo estricto. El sucesor de Ruiz Jiménez se dio perfectamente cuenta del ambiente político no toleraba ni siquiera las ideas de la derecha conservadora norteamericana, y suprimió de un plumazo la enseñanza de la sociología en las Facultades de Derecho, quedando tan solo como una especie de "María" en las de Económicas. Un resultado indirecto de aquel viejo recelo fue también la total restricción a las enseñanzas de Ciencia Política, de tal modo que solo existió desde 1950 una sola Facultad de CC. Políticas en Madrid, hasta la creación –mucho más tarde- de la de la UNED en 1985, la de Barcelona en 1986 y por fin la de Granada en 1988.

Aquel aleccionador episodio de 1956 tuvo otras consecuencias. Ya que por razones presupuestarias sólo cabían en plantilla el catedrático y el adjunto; el ayudante quedaba en libertad para buscarse la vida fuera de la Universidad. O, dicho de otro modo, al carecer de todo ingreso regular digno de mención, tal libertad implicaba que no le quedaba más remedio que hacerlo así. De aquí que, manteniendo nominalmente mi puesto en la facultad, y desde luego sin perder mi estrecha relación con Sánchez Agesta, me convertí en Director de la oficina central de una Agencia de Viajes con sede en Granada y otras diez sucursales. Una experiencia que me puso en contacto con un mundo muy diferente del académico y en el que aprendí a diferenciar vividamente entre la vocación y la retribución.

Como digo, en modo alguno renuncié a mi trabajo académico y así, aprovechando mi conocimiento del excelente texto de MacIver, lo traduje al español para Tecnos, siendo en 1959 el primer manual moderno de Sociología vertido a nuestra lengua y también el primero de

su luego larga colección de Ciencias Sociales. En ese mismo año, Amando de Miguel y yo también participamos en la investigación dirigida por Juan Linz sobre los empresarios españoles, y que merece mencionarse como una de las primeras realizadas con métodos científicos modernos en nuestro país. Aquel trabajo sirvió además para conectar esta Universidad con los Departamentos de Ciencia Política primero de Columbia y después de Yale, en una prolongada colaboración que ya nunca se ha interrumpido.

La Escuela en los años sesenta

A comienzos de la década de los 60, el país empieza a experimentar una serie de cambios inducidos por la nueva política desarrollista, que – sin transformar en su esencia el régimen- le intenta proporcionar una nueva legitimidad, ya no basada en la victoria de 1939, sino en el consumo generalizado. Esa limitada apertura en lo económico, iba a tener después consecuencias imprevistas –y no queridas por el régimen- en la estructura social y política española.

Ante los nuevos aires que se perciben, Sánchez Agesta decide en 1961 trasladarse a una cátedra de la Complutense, acompañado por el profesor adjunto Alfonso Padilla. A su vez, el profesor Murillo se vino desde Valencia a la plaza que dejaba vacante Sánchez Agesta. Pero el intervalo inevitable transcurrido entre los respectivos concursos, hizo que la facultad me encargara de la enseñanza de Derecho Político 1º y 2º cursos, en todo el período lectivo de 1961-62. Con los consiguientes apuros de tiempo hube de compatibilizar ambas funciones, la comercial y la universitaria, demostrando que podía compaginarlas en lo académico, pero no en lo económico. Como no me era posible cobrar formalmente el sueldo de encargado de cátedra, un profesor de la Facultad lo aceptó, olvidándose luego de devolvérmelo.

En aquel intervalo, Murillo marchó a la Universidad de Columbia durante dicho curso regresando con el texto de su pionero y espléndido libro "Estudios de Sociología Política", aparecido poco después. Nuestra colaboración inmediata, en todo caso, había surgido apenas me comunicó su decisión de venirse a Granada, por lo que soporté las penurias mencionadas y otras, en la esperanza de reanudar mi carrera académica. Así, a lo largo de Agosto de 1961 compartimos muy buenos ratos paradójicamente en el tétrico Valle de los Caídos, en un curso de selección de investigadores sociales, que Sánchez Agesta había puesto en marcha apenas se le nombró Secretario General del Centro de Estudios Sociales, poco después de su llegada a Madrid.

Desde aquel cargo, Agesta contribuyó decisivamente a la introducción en nuestro país de las modernas perspectivas de la Ciencia Política y la Sociología, dando a tan peregrina institución un hábil giro en aquellas circunstancias. Utilizando los propios recursos del régimen franquista, montó una serie de cursos, publicaciones y reuniones que, por primera vez introdujeron un aire renovador en el denso e irrespirable ambiente – por lo demás ya agotado de toda iniciativa- que caracterizaba al mundo universitario franquista. Un número proporcionalmente alto de actuales catedráticos de CC. Sociales y Jurídicas de nuestra Universidad procede de aquel primer semillero que sembró Agesta, aunque no siempre lo reconozcan. Es curioso y casi increíble que fuese precisamente aquel contexto "ultra", el que contribuyera en forma tan significativa a germinar las simientes de la propia destrucción del régimen, en una maniobra a largo plazo, y que sólo una mente de la categoría de la de Sánchez Agesta podía jugar, pensando en sus resultados para muchos años después. Demócrata convencido, dentro de la única opción resultados para muchos años después. Demócrata convencido, dentro de la única opción entonces posible, conservadora, esperó con convicción que quienes le escuchábamos, supiéramos en su momento –mucho más tarde- sacar fruto de ideas hasta entonces (primeros años 60), sólo contadísimos profesores se atrevían a esbozar en muy pocas aulas.

Nadie –que yo sepa- entre las docenas de sus discípulos de aquella época le ha agradecido fehacientemente aquel riesgo. Los estudios aparecidos en el Boletín y la colección de libros editados por el Centro sobre la familia, la estratificación y la estructura social españolas, la población, las diferencias rural-urbanas, y tantos otros, fueron entre 1961 y 1968, los primeros que, en el surrealista y paradójico ambiente del Valle de los Caídos .increíblemente parecido a una película de Buñuel- dieron origen a lo que serían después corrientes vivas y fértiles de la Ciencia Política y la Sociología españolas. Su intención, sus consecuencias, legitimaron más tarde sobradamente aquel extraño resultado. Una contradicción más –en este caso afortunada- del régimen del que procedían. Quiero hacer constar aquí, mi admiración por la inteligencia de quien supo introducir aquel caballo de Troya intelectual, en las entrañas del franquismo. Su riesgo fue extraordinario, pero sus efectos superaron cualquier expectativa.

Sánchez Agesta –entre otros muchos méritos- fue después rector de la Autónoma de Madrid (1978-72). Posteriormente, fue nombrado Presidente del Consejo Nacional de Educación y Senador de designación real. Mantuvo una ininterrumpida corriente de publicaciones en el campo de Derecho Constitucional comparado y luego sobre la Constitución de 1978, corriente que prosiguió durante muchos años, con la frecuente ayuda del profesor Padilla.

Por su parte, el profesor Murillo abrió en el casi anquilosado mundo del Derecho Político de entonces una ventana renovadora de ideas y corrientes de pensamiento que jamás ya se cerrará, llegando a ser durante la transición, Director del CEC y luego del CIS, cosa que ninguna otra persona ha logrado.

La mayor prueba de la poderosa fecundidad y atractivo de Murillo y Sánchez Agesta se encuentra en la enorme difusión de su pensamiento a

través de sus publicaciones, y no menos, de sus discípulos. Se encuentran estos dispersos por muchas universidades, dando testimonio en su recuerdo de la espléndida madurez científica de quienes les enseñaron. Y estos maestros, pues como maestros nos enseñaron a pensar, mantuvieron a la vez una cualidad no muy frecuente: la de su sencillez humana. Ayer y hoy, en que con tanta frecuencia contemplamos sólo un vacío donde debería estar el saber y la dedicación, vemos cómo estos hombres dedicaron décadas a su enseñanza cotidiana, a sus escritos, a sus investigaciones, con escasísimos medios, como si no tuvieran importancia, lejos de todo aire de mayestática lejanía.

No es menos cierto que la humildad constituye una virtud poco frecuente entre nosotros. Pues bien, a cambio de todo lo que nos dieron, tal vez sólo esperaban lealtad, colaboración y buena voluntad. No siempre las recibieron. Pero esta es moneda diaria en todos los terrenos, en especial en el de la Enseñanza pública. Como dice un proverbio anglosajón, y conocemos por experiencia, bienaventurados los que no esperan gratitud, porque no se sentirán defraudados.

Refiriéndonos ahora sólo a Francisco Murillo, es preciso realizar un esfuerzo restrictivo para no extendernos demasiado en la mera descripción de su decisivo papel en la Escuela mudéjar. Es preciso recordar ante sociólogos y politólogos veteranos o no, que también le conocen o al menos le han leído, lo que todos debemos a este maestro. Por las mismas razones de su escasa frecuencia, es justo destacar el ejemplo de Murillo en esta universidad, la española, que sólo casos como el suyo salvan el caos, para entrar en el mal menor del mero desorden. A tres generaciones sucesivas de discípulos nos ha proporcionado lo más difícil: métodos para pensar, instrumentos, disciplina y ejemplo. Si no hemos sabido a veces aprovecharlos es por culpa nuestra, no suya, pues nos entregó sin condiciones todo lo que sabía y podía.

Así, ha extraído del binomio básico Sociedad-Política, ingeniosas valoraciones que una y otra vez alumbraron ideas en quienes le hemos oído o leído. Le han sobrado ideas en un mundo tantas veces falto de ellas. A lo cual se ha unido una excepcional capacidad docente, disfrazada a menudo de anécdota o ironía. Ironía tantas veces crítica sin ser nunca malévola, y quizás calificable mejor como "escepticismo realista".

Francisco Murillo ha actuado en perfecta congruencia con un proverbio italiano que dice "cuanto más se sabe, menos se cree". Pero al mismo tiempo ello no ha impedido que aplicase rigurosamente el principio ético que, especialmente a los docentes, nos obliga a resistir el mal, o de lo contrario seremos corresponsables de su triunfo. Por citar un solo ejemplo, su reciente aportación crítica al falseamiento de la Historia por ciertos políticos y algunos intelectuales, en su discurso de recepción ante la Academia de Ciencias Morales y Políticas, es un modelo de precisión y veracidad que muchos hemos envidiado. A partir de esa actitud suya, somos también muchos los que hemos aprendido las esencias del respeto a los otros, del culto a la tolerancia, de la fidelidad a la verdad. Por eso compartimos hacia él sentimientos imperecederos de admiración y gratitud.

Gracias a su apoyo, pues, a finales de 1961 conseguí el nombramiento de profesor adjunto interino, compatibilizando por el momento con mi trabajo en la Agencia, puesto que hasta que no estuviese lo bastante cerca de conseguir el doctorado, mis emolumentos serían demasiado reducidos. Una de las primeras decisiones que adoptó Murillo cuando su presencia se hizo efectiva en Granada en 1962, fue encargar la adquisición de más de 600 libros de Sociología y Ciencia Política –casi todos en inglés– de los que ya había dotado a la Biblioteca de la Universidad de Valencia. Gracias en especial a una ayuda económica extraordinaria que nos facilitó el rectorado. Nuestro empeño era introducir en la Universidad las nuevas perspectivas del

funcionalismo, el conductismo y otras corrientes predominantes en el mundo anglosajón, y desde luego dedicar el interés indispensable a los movimientos sociales de izquierda que por entonces agitaban el mundo académico, aunque en España, en forma menos visible.

En toda la Universidad de Granada se hizo por entonces famosa la tertulia que en la Sala de profesores sostenían a diario durante un rato, Murillo, Gullón, Mesa-Moles, De la Higuera, y algún otro, sobre temas candentes de la actualidad y en la que sobresalían el ingenio y la agudeza de todos ellos, hasta el punto de que en algún momento se le incorporaron profesores de otras Facultades, como Vara o G^a Ballester, de Medicina, en chispeantes intercambios que nos retrotraían precisamente al origen griego de la Academia, en su sentido más amplio. El ambiente, en suma, era de un nivel poco frecuente por entonces en la Universidad española.

Frente a la escasez de medios humanos que –como he dicho– caracterizó durante décadas a nuestra Universidad, comenzó a percibirse una mayor permisividad que ya desde 1964 facilitó la entrada en la cátedra de dos nuevos ayudantes, Riezu y Ramírez, y un becario, Juan J. Serrano. Todos estábamos entregados a la preparación de nuestras tesis, aparte otros deberes académicos cotidianos. Miguel Beltrán por su parte, se había afincado en Madrid, desde donde siempre que le fue posible, constituyó un poderoso apoyo a nuestras demandas. Por entonces comenzaron sus actividades dos Escuelas de Asistentes Sociales en Granada, los que nos permitió a algunos ensanchar el campo de la enseñanza de las Ciencias Sociales en Granada, por vía de la explicación de materias como “Sociología”, y “Técnicas de Investigación Social” además de alguna otra similar en la Escuela de Trabajo Social, dependiente del M^o de Trabajo.

Mi doble papel en la Agencia y en la enseñanza resultaba para mí agobiante, y en la empresa se tomó en 1963 la decisión de ascenderme

a Subdirector general, a cargo directamente de todas las oficinas de la Costa (que eran siete, incluido Gibraltar), y con residencia en Málaga. Hasta diciembre de dicho año viví pues allí, en un momento de verdadera euforia turística, al haberse iniciado el "boom" económico de la zona. Pero tenía que elegir forzosamente ya entre un porvenir profesional realmente atractivo y muy bien remunerado, o decidirme por mi viejo sueño de la Universidad, en donde además, ya llevaba muy avanzada mi tesis doctoral. Opté por esto último, pedí la excedencia en la empresa, que se reconcedió, obtuve formalmente el título de Director de Empresas Turísticas, y me dediqué ya en exclusiva a la tarea universitaria, al para que veía reducido mis ingresos a un tercio. Casi nunca me he arrepentido de ello, salvo quizás en algún momento de berrinche.

Tuvimos por entonces ocasión de ampliar nuestros contactos internacionales, por ejemplo con Touraine y Cuisenier, de la Ecole Pratique de Hautes de París, con quienes realizamos un estudio sobre inmigrantes del medio rural en el urbano, tema que me interesaba especialmente, debido a experiencias personales en Alemania en los años 50, y sobre el que sigo escribiendo. Se pusieron en marcha otros estudios e investigaciones, sobre comportamiento de estudiantes, actitudes familiares en el medio rural, clases sociales en España, y aspectos del poder en la sociedad andaluza. Era esta investigación en particular la que me traía más, por lo que dediqué la mayor parte de mi esfuerzo a terminar la tesis que venía redactando sobre la estructura socioeconómica de Andalucía. Conseguí leerla en diciembre de 1964, recibiendo posteriormente el Premio Extraordinario del Doctorado en la Facultad, para el bienio 1963-65.

La Caja General de Ahorros, muy interesada en el tema, apoyó su publicación inmediata, en versión íntegra, precedida de un cariñoso prólogo de Murillo. Agotada durante muchos años, en 1993 se publicó una edición facsímil, patrocinada por la Caja y la propia Universidad, en

su colección Archivum. En ese mismo año 1965 obtuve por oposición la plaza de profesor Adjunto literalmente denominada "4x4", lo cual no tenía nada que ver con ningún vehículo adscrito al cargo, sino que se concedía por cuatro años, renovables o no.

Lo que en primer curso explicábamos era Sociología Política, junto a nociones de Teoría del Estado y algunos datos indispensables de Hª de las Ideas Políticas. En segundo curso dábamos Derecho Constitucional comparado, en particular de Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y Rusia. Respecto a España, lo que se trataba era Hª Constitucional hasta 1931, y ahí nos quedábamos. Para nada hacíamos mención de las Leyes Fundamentales del franquismo. Parecido era -también excepcionalmente- el Plan docente de la Cátedra en Zaragoza, donde el granadino Nicolás Ramiro Rico, quien había obtenido aquella plaza en la misma oposición que Murillo, la desempeñada con gran capacidad y originalidad. Años más tarde pasó a acompañarle Carlos Alba, en una muestra no ya de compañerismo, sino de afecto personal bien merecido.

Interesados como estábamos por la estructura social de Andalucía, nos surgió por entonces la posibilidad de realizar una investigación sobre ella, la primera que, patrocinada por la OCDE, se efectuaba en una Universidad española. Y también la primera que redactamos profesores de cuatro Facultades distintas, mas Juan Linz y dos profesores de economía alemanes (Mertins y Kötter). Nunca se había efectuado antes un estudio muestral representativo de la opinión de la población andaluza (masculina). Entre 1967 y 1969 lo realizamos, con bastante libertad para hacer preguntas "comprometidas". De hecho sólo en una ocasión nos llamó López Rodó para preguntarnos por qué incluíamos en el cuestionario al opus Dei como "grupo de presión".

En el trabajo de campo dirigieron grupos Julio Iglesias de Ussel, Enrique Luque Baena y José Luis García de la Serrana, quienes eran recién licenciados o estaban ya en último curso de la carrera. en 1970 se

publicó el estudio en tres voluminosos tomos, que sólo llegaron a algunas bibliotecas, enviados por nosotros mismos, ya que el resto de la edición fue sepultado en los sótanos del Instituto de Desarrollo Económico de Alcalá de Henares, y no se ha vuelto a saber más de ella. Con ese procedimiento era en realidad innecesaria cualquier otra modalidad de censura.

También por razones de incompatibilidad política había fallado mi primer intento de obtener una cátedra de Sociología, de modo que cuando todas las apariencias me favorecían, en el sexto y último ejercicio, un colega de esta Universidad, precisamente el que había cobrado mis emolumentos años atrás, y que deseaba hacer méritos con el régimen, cambió su voto, que me había prometido. Poco después fue recompensado, supongo que por este y otros hechos similares, con el no muy lúcido cargo de gobernador civil en una provincia del Norte. Que yo sepa, esa fue la última oposición a la que concurrieron candidatos que no eran capaces de distinguir entre Filosofías Social, Doctrina Social de la Iglesia, y Sociología.

La estancia en la Universidad de Columbia durante el curso 1967-68 me resultó muy provechosa, aunque algo dura en lo personal. Cuando regresé, conocí a mi segunda hija, Cristina, ya de tres meses de edad. Elena, mi mujer, aguantó con la mayor entereza aquel tirón. Gracias a ella, una vez más.

Linz y yo publicamos por entonces un artículo sobre religiosidad y comportamiento político en Andalucía, aprendí mucho de Merton, Barber, Bell y otros, y me resultó regocijante que cuando los académicos se enteraban de que había publicado –conjuntamente con Jiménez Blanco- la traducción al castellano de *El sistema social*, de Parsons, me dijeran siempre con asombro: “Pero ¿cómo lo ha podido usted traducir al español, si nosotros no lo entendemos en inglés?”. No menos curiosa, según contaba J. Blanco, era la interpretación que en Estados Unidos le

daban a nuestra orientación profesional. Cuando él u otro decían allí que estaban preparando "cátedra de Sociología" a desempeñar en España, los profesores norteamericanos le preguntaban con idéntico asombro: "Cómo, ¿de toda la Sociología?". Era lógico que no comprendieran las trabas que la enseñanza de tan peligrosa materia encontraban aquí, y que impedían su especialización y proliferación. Poco después Jiménez Blanco obtuvo la cátedra de Sociología de Málaga, en la nueva Facultad de Económicas, que acababa de crearse, dependiente de la Universidad de Granada y en la que fue decano.

La estancia en Estados Unidos nos fue a muchos decisiva para nuestra formación, tanto de base, como de técnicas entonces aún no introducidas en España. Nos familiarizamos por entonces con algunos primitivos ordenadores, que procesaban tarjetas perforadas, pero que nos apresuramos a impulsar en su adquisición por esta Universidad y hacer uso a nuestro regreso en España. El contraste no podía ser mayor frente a la situación de acceso a medios técnicos hasta entonces existentes. Solo dos años antes un miembro de la cátedra había interrumpido el concentrado silencio de la sala única de trabajo de que disponíamos, pidiendo solemnemente permiso al profesor Murillo para usar "el sacapuntas de la Cátedra". En ese elevado nivel de medios mecánicos nos habíamos movido hasta entonces. El que la Universidad pusiera su único ordenador a disposición (a tiempo parcial, claro), de miembros de una Facultad "no experimental" llamó en aquella ocasión la atención en algunos medios académicos mentalmente poco innovadores.

Durante mi estancia en Estados Unidos adquirí casi dos centenares de libros de mi especialidad, lógicamente en inglés, que aquí no eran asequibles o demasiado caros, por lo que poco antes de mi partida los remití por paquete marítimo. A mi regreso, recibí una llamada anónima en que se me advertía que cuando recogiera los libros en Correos, sería detenido, porque entre ellos se encontraban algunos "subversivos" (obras clásicas de marxismo, por ejemplo, pero también lógicamente los

había de autores mucho más conservadores). Consulté el tema con el rector, Federico Mayor, y este decidió que, como eran varios grandes paquetes, los trasladaras una furgoneta de la Universidad. Quedaron amontonados en mi despacho, y no ocurrió nada. Años después, ya en la transición un desconocido me paró en la calle, diciéndome que él era quien me había llamado. Se trataba de uno de los policías de paisano que, matriculados a propósito en la Facultad de Derecho, asistían regularmente a mis clases de 1º y 2º y tomaban cuidadosa nota de mis observaciones, más o menos agudas, sobre el régimen.

Aquel señor me dijo que la solución de la furgoneta de la Universidad fue lo único que se podía hacer en las circunstancias, y añadió que "ellos" estaban perfectamente informados de todo lo que yo había hecho en Estados Unidos. Con gran sorpresa mía me contó detalles de mis conversaciones allí con personas como Ruiz Jiménez, Ayala (que enseñaba en Princeton), Sánchez Albornoz (hijo), Calvo Serer, y algunos otros profesores con quienes tuve contacto (no necesariamente en sentido político). Esa confianza me dio durante un par de días un inesperado sentido de mi propia importancia, a la vez que reflexionaba sobre la estúpida manera que el Estado español tenía de gastar el dinero de los contribuyentes, en vigilar de cerca a personas como yo, que estaban tan lejos.

Las consecuencias de los acontecimientos del 68 tuvieron amplia repercusión en todo el mundo, hasta el punto de que se presencié el espectáculo insólito de la paliza que los trabajadores de las obras de Broadway, (que pasa por el centro de la Universidad de Columbia), propinaron a los estudiantes de esta, que jugaban a revolucionarios. Una vez más, la clase obrera mostraba allí un fondo mucho más conservador que el de los intelectuales. Los papeles se habían invertido. Aunque en España no hubo apenas enfrentamientos callejeros, tales consecuencias se prolongaron mucho más que en otros países. Por ejemplo, el radicalismo asambleario impregnó ocho o diez años después toda la

legislación y la política universitaria, introduciendo el principio de paridad estudiantil hasta en Comisiones de selección de personal académico y de investigación técnica muy especializadas, en donde la presencia de los estudiantes no sólo era innecesaria, sino a menudo contraproducente. Todavía a comienzos del siglo XXI, la Universidad española está pagando las consecuencias de ciertas interpretaciones demagógicas del principio de la igualdad, que han perjudicado seriamente a la docencia, y han interferido con el complejo funcionamiento de las instituciones universitarias.

A finales de los 70, un periodista de un conocido diario de Madrid, a su vuelta de Cuba, lleno de exaltación apologética del marxismo, contaba entusiasmado cómo se veía a los jóvenes cubanos, incluso en aquellas playas, llevando bajo el brazo el "grueso volumen" (sic) de *"El Manifiesto Comunista"*.

Una segunda oposición a cátedra a la que concurrí en 1968, estuvo marcada por un signo opuesto por completo a la primera. Si en esta tuve en principio muy buenas posibilidades, en la segunda estaba claro desde el primer momento que no había nada que hacer. La presencia de algunos de nosotros fue meramente testimonial, puesto que se presentaba el adjunto de un influyente ministro, y estaba claro que la plaza coincidía con el nombre y apellidos de aquel opositor, fuesen cuales fuesen sus conocimientos. Lo curioso –y significativo de la época– fue que, contando con el obvio patrocinio del Gobierno, el candidato en cuestión se pasó los seis ejercicios de la oposición, viniese o no a cuento, hablando de "El joven Marx", con un fervor que ya hubieran querido para sí los más dogmáticos miembros del partido comunista. Esa era una de las contradicciones de la época, en cierto modo demostrativas de que ya, ni siquiera gentes muy próximas al sistema franquista lo consideraban válido, y por el contrario, aun utilizándolo en su provecho, se presentaban con la retórica del lado opuesto,

exhibiéndose subidos al carro de las tesis de izquierda. Con lo cual se aparecía como progresista, y además se quedaba uno con la plaza.

Interesado por los temas de la relación entre desarrollo económico y desarrollo político, publiqué en esa época la traducción de otros tres libros, así como, algo después, la del espléndido original Mackenzie "política y Ciencia Social", (Aguilar, Madrid 1972). En similar línea marcharon investigaciones sobre funcionariado, desarrollo rural, empleo agrario, desigualdades urbanas, y migraciones interiores y al exterior de España. En esta últimas me sirvió de mucho la experiencia adquirida en los años 50, cuando dos veranos trabajé como emigrante en obras públicas de Alemania y Suiza.

Con este bagaje, nuevas publicaciones y también algunos inesperados obstáculos, me presenté en 1969 a la oposición a la plaza de Profesor Agregado que desde hacía unos meses venía desempeñando interinamente. Al ganarla me convertí en el primer Agregado de Derecho Político del país. Tal título era de creación muy reciente y permitía acceder por concurso al de catedrático. Aquel mismo año quedó en efecto vacante la cátedra de Salamanca, que había desempeñado Padilla, pero renuncié a ella, porque las raíces que al cabo de los años había hechado en esta tierra y la situación de salud de mi madre, me llevaron a preferir quedarme aquí de agregado a Murillo, a emprender un nuevo rumbo profesional fuera de Granada. Algo parecido me sucedió pocos años después cuando en la transición me surgieron posibilidades de desempeñar puestos de cierta relevancia política.

Los años setenta

Las tensiones internas del país no facilitaban para nada la labor docente, que inevitablemente y cada día más, repercutían en la Universidad. El proceso de Burgos encontró la situación, el movimiento estudiantil arreció por momentos, y la jerarquía católica continuó aumentando su distanciamiento con el régimen. Carrero Blanco echó en cara a la Iglesia tal actitud, después de muchos años de haber aprovechado el favor del sistema. Manifiestos, huelgas, enfrentamientos personales, detenciones y amenazas, provocaban un denso ambiente en el que resultaba muy difícil encontrar la tranquilidad necesaria para un trabajo sosegado, especialmente en una materia como la nuestra. Por otro lado, nuestra posición –calificada por algunos colegas como Seminario de “Socialismo”, no de Sociología– tampoco podía ni debía de ser neutralidad, ante la marcha de los acontecimientos. Cabe recordar aquí que algunos de estos colegas, pocos años después se metamorfosearon repentinamente en políticos que se decían progresistas, o incluso diputados socialistas “uterinos”.

Al amparo de la renovación de los acuerdos entre España y los Estados Unidos, se decidió en 1970 por el entonces recién nacido “Centro Nacional de Investigaciones para el Desarrollo de la Educación” (CENIDE), la realización de un plan de investigaciones en todo el país. El cual trataba de estudiar temas muy vivos de nuestra sociedad, entre ellos, aspectos específicos de la educación universitaria. Animados por la idea de ofrecer un panorama de la Universidad de Granada a comienzos de aquella decisiva década, propusimos a esta nueva institución realizar una investigación que la estudiase “desde fuera”, es decir, en su contexto regional y urbano, y “desde dentro”, o sea, la problemática, actitudes y opiniones de profesores y alumnos, e incluso la problemática de los licenciados. Comenzaba en aquel momento crucial lo que considerábamos expansión de la Universidad, que en parte, se ha convertido en masificación, debido a la desproporción entre el

crecimiento del alumnado y el profesorado. La financiación del estudio previsto corría a cargo del programa de ayuda establecido con Estados Unidos y el Banco Mundial, en el cual se incluía el aparatoso montaje del propio CENIDE.

La primera vez que con motivo de la realización del proyecto lo visité –en un edificio de nueva planta en la Ciudad Universitaria, que dominaba la carretera de la Coruña- me sentí impresionado por la parafernalia que me rodeaba. Impresionantes despachos luminosos enmoquetados con grandes muebles de laca blanca, dictáfonos y pizarras llenas de incomprensibles organigramas; personajes barbudos que displicentemente se referían en un lenguaje esotérico, sólo para iniciados, a aspectos desconocidos de la pedagogía de las comunicaciones para la enseñanza de los enseñantes; letreros que inducían a la confusión (en quienes con más de mil alumnos en la cátedra no teníamos ni secretaria), indicando que aquel recinto pertenecía a algo así como el Secretario de Ordenación de Programas Audiovisuales en el Área Filológica-Social de la Experimentación Paidética; las innumerables y lujosas salas de reunión (no se sabía para que, incluso después de reunirse); los complicados cuadros de televisores y monitores en circuito cerrado “para la didáctica educativa”, con su abundante personal adjunto, mientras uno se acordaba de la ruinosa escuela nacional sin luz natural ni espacio de juegos de la calle Duquesa de Granada; y en fin, los cien mil y uno saltabalates disfrazados de burócratas tecnocráticos (ó tecnócratas burocráticos, como se quiera), que intentaban –y a menudo lograban epatarnos con su refinada presencia, maneras, lenguaje y “background”. Inevitablemente uno se preguntaba cuantos campesinos andaluces, gallegos y castellanos hacían falta para costear a aquel individuo.

En definitiva: uno de los puntos álgidos del camelismo académico mundial, a costa de muchos millones de dólares (a devolver), y muchos esfuerzos destinados a quedar inéditos o desperdiciados. Un ejemplo

característico de la dictadura, de oportunidades perdidas de estudiar verdaderamente a fondo problemas educativos trascendentes para el país. Pese a todas las pegadas, conseguimos realizar nuestro trabajo en 1971-72, por un equipo compuesto por los profesores Bonachela, Ramírez y Riezu, y alumnos destacados como Iglesias, Jara, Cohen y otros. Intenté que lo publicase el INCIE (ya flamante sucesor del CENIDE), o el nuevo equipo rectoral, puesto que si no se difundía, obviamente el trabajo era inútil. Nadie pareció interesarse al respecto, y tuvimos que esperar a 1977 para que el sucesivo equipo en el Rectorado lo publicase en un volumen de 350 pags. y Apéndices, que ahí está para nuestra Historia.

En 1972 Francisco Murillo decidió trasladarse a la Universidad Autónoma de Madrid, en donde, como se comprobó poco después, tenía excelentes incentivos profesionales, y además contaba con la valiosa presencia y ayuda de varios de sus antiguos colaboradores de Granada, ya establecidos allí. Cuando esto ocurre, tal y como consta en la fotografía de la "Escuela" de ese momento, estábamos junto a él Portero, Iglesias, García de la Serrana, Alba, Ramírez, Luque, Riezu, Montero, y yo. Ruiz Rico se encontraba en Inglaterra y Beltrán, en Madrid. Todos teníamos sólidas posiciones en la Universidad, aunque no todos nos dedicamos después a la Ciencia Política; sólo García de la Serrana, Alba, Riezu, Montero, Ruiz Rico, y yo. Luque se decidió por la Antropología Social, J. del Pino, Iglesias y Beltrán por la Sociología, y Ramírez y Portero por el Derecho Constitucional. De la fecundidad de esta, llamémosla "promoción", bastará decir que Murillo consiguió hacer en poco más de una década once catedráticos y varios agregados y adjuntos entre su propia Escuela.

Cuestión distinta fue para mí el acceso a la cátedra. Cuando suponía que con el traslado a Madrid de Murillo, mi paso a catedrático sería puro trámite, resultó que Hernández Rubio, catedrático de La Laguna durante muchos años, pensó que Granada era un sitio muy agradable, y decidió

venirse por el traslado. Era su derecho, como dijo por escrito a Murillo cuando éste le hizo ver en la situación en que me ponía, de modo que meses después, con el concurso ganado, apareció en pleno invierno con un atuendo polar por la Sala de Profesores. En ese momento, la totalidad de quienes se encontraban en ella, incluido el decano, se pusieron en pie e hicieron mutis, marchándose en masa sin más palabras, y dejándonos solos, en un gesto de solidaridad que siempre he recordado con gratitud. Yo atendí a Hernández Rubio como la cortesía me obligaba, pero a la vista del panorama, del frío clima de la ciudad, y de que en aquellos momentos se produjo un pequeño y providencial terremoto, Hernández comunicó poco después al Ministerio que deseaba volver a su antigua cátedra. Lo cual, si bien produjo un tremendo lío burocrático en el Ministerio, me dejó el terreno despejado, y por fin ascendí en 1974 al soñado sillón. Laus Deo.

El decano Gullón tuvo la amabilidad de nombrarme vicedecano poco después. Un día hicimos cuentas y vimos que la Facultad tenía un presupuesto que tan estricto que impedía cualquier actividad de difusión jurídica o cultural. De manera que decidimos acudir a un mecenazgo extraordinario que en un momento de inspiración-desesperación se nos ocurrió. Y así, nos plantamos en el Ministerio de Educación, en donde afablemente nos recibió Federico Mayor, en aquel momento Subsecretario del mismo. Le expusimos la penuria que venía arrastrando la Facultad durante años, y que él recordaba, la imposibilidad de programar ciclos de conferencias o publicaciones, y nuestra imperiosa necesidad de contar con al menos un millón de ptas, como aportación extraordinaria. Cifra modesta en realidad, pero suficiente para permitirnos un respiro en tales actividades. Sin vacilar, Mayor nos la concedió, y además inesperadamente nos felicitó por la iniciativa de visitarlo, diciendo que se alegraba de nuestra presencia porque, añadió literalmente: *"Granada, ni me pide nada, ni me agradece nada"*. Conociendo nuestro entorno no nos extrañaron demasiado sus palabras.

Tomamos también contacto con varios profesores extranjeros, como Nohlen, de Heidelberg, muy interesado en la situación política española, Guy Hermet, del CNRS de París, que trabajaba en temas similares, Gregory, que realizaba un estudio sobre los emigrantes de Estepa a Alemania, y Reyneri de Catania, que investigaba la situación de los italianos en Alemania. Estos contactos fueron muy importantes para las líneas de trabajo del Departamento en los años posteriores.

Por entonces publiqué también en la editorial *Cuadernos para el Diálogo* un libro sobre estratificación social de España que actualizaba una anterior investigación de Murillo, así como artículos an torno a la compleja relación entre los sistemas social, político y eclesial en el país. Por cierto que la final del artículo no se me ocurrió nada mejor que poner como ejemplo democrático el del ejército de Chile, el cual –al contrario que el de otras repúblicas hispanoamericanas- no había usurpado el poder civil en más de un siglo. Desgraciadamente, poco después de publicar este trabajo, Pinochet dio su sangriento golpe, con lo que se vino a demostrar una vez más, la verdad de aquella frase de Murillo: "*Quienes nos dedicamos a las CC. Sociales, todo lo más, sabemos postdecir, pero no predecir*".

Dieter Koniecki, representante en España de la Fundación Ebert había igualmente conectado con nosotros, ofreciendo financiar un ciclo de conferencias que tratase aspectos de los sistemas democráticos en contraste con los autoritarios. Algo parecido veníamos también haciendo en diversos coloquios que veníamos organizando a través del reciente "club Larra". La intención de fondo era evidente, y coincidía en este caso con nuestro deseo de hacer a Linz doctor honoris causa por la Universidad de Granada. De manera que intentamos que dicho ciclo precediera de inmediato a la investidura de Linz. Los obstáculos políticos se amontonaban de manera progresiva a medida que nos aproximábamos al acontecimiento. Cuando faltaba menos de un mes para iniciarlo, el rectorado denegó su apoyo a la investidura,

haciéndome saber que no le era posible colaborar en la exaltación de alguien a quien consideraban un "peligroso rojo".

Seguro que a nadie en el mundo académico internacional se le hubiera ocurrido tal calificativo para juzgar a Linz, pero así estaban las cosas. En consecuencia tuve que acudir urgentemente de nuevo a Federico Mayor, y ponerle al corriente del tema. Lógicamente preocupado ante la difusión que el asunto podía alcanzar en la Prensa (y de la que yo había hablado), hizo una gestión imperativa con el Rectorado y la cuestión se resolvió. En cuanto al ciclo, tuvimos que pasar mil peripecias para cada una de las sucesivas conferencias. Algunas de ellas se dieron bajo amenaza de suspensión en el acto, a juicio del delegado gubernativo presente. Bajo el denominador común de "Problemas del subdesarrollo: aspectos sociales y políticos" intervinieron los profesores Bosque, Murillo, Hytten (de la OIT), González Seara, el propio Linz, y yo. Como se puede ver, una colección de alarmantes subversivos. Pero con relación a la postura del régimen, relativamente lo éramos. En el prólogo al libro que publicó la Caja General de Ahorros en 1978, recogiendo estas conferencias, me referí en detalle a aquella kafkiana época. La investidura finalmente quedó muy bien y Linz hizo una excelente presentación sobre "Tradición y modernización en España".

Septiembre en 1975 fue un momento muy duro para muchos de nosotros. Me encontraba en Madrid en casa de Jiménez Blanco, cuando la televisión anunció que el Gobierno "se daba por enterado" de la sentencia de pena de muerte contra cinco procesados, miembros del FRAP y de ETA. La inmensa mayoría de los españoles que oyeron la noticia no se dio cuenta de que esta aparentemente anodina comunicación significaba la ejecución, aquella misma madrugada, de los acusados. Cabizbajos, salimos a la calle y llegamos a la conclusión de que, desde hacía cuarenta años no habíamos avanzado ni un milímetro hacia la democracia, y que no podíamos aguantar más. Personalmente

manifesté que estaba meditando seriamente irme a vivir a Estados Unidos, en donde creía que sin mucha dificultad, encontraría un puesto docente en la Universidades con las que mantenía contacto. Jamás me había sentido tan deprimido, porque daba la impresión de que "aquello" no se iba a acabar nunca. La Providencia dispuso de otra manera, y poco después, con la desaparición del general, empezamos a ver alguna luz al final del túnel.

Había que cambiar muchas cosas. Por eso, quizás sea aquí oportuno recordar que tras una carta mía aparecida en IDEAL el 15 de enero de 1976, en que se rompía el espeso silencio que sobre García Lorca había flotado durante cuatro décadas en Granada, constituimos una Comisión organizadora de un Homenaje, la cual estaba compuesta por 33 personas, entre ellas profesores, artistas y mi compañero en la cátedra, Juan José Ruiz-Rico. El tema no era anecdótico, sino significativo de la inmóvil resistencia del régimen a cualquier intento de considerarlo extinguido.

La Comisión publicó un Manifiesto en el que en reivindicación de la Memoria del poeta "*y la de cuantos cayeron entonces en iguales circunstancias*", convocaba un Homenaje en el mismo lugar y fecha en que Federico naciera 78 años antes. Con ello pretendíamos "*proclamar con la fuerza de la solidaridad el Manifiesto de la reconciliación, que nos permitiría construir la España de todos y para todos los españoles*". Las autoridades discutieron toda una serie de medidas para impedir o sustituir el Homenaje, llegando a decir públicamente una de ellas que no había motivo alguno para conmemorar a un "poetrasto", y que mucho mayor mérito y servicios a la Patria había prestado el futbolista señor Pichichi.

El 21 de abril de 1976 encabecé un escrito dirigido al Gobierno Civil, en el que pedíamos autorización para celebrar una manifestación pública el 1 de mayo. El gobernador me respondió (registro de salida nº 25.628)

con sólo 48 horas de antelación, manifestando entre otras increíbles sandeces que los manifestantes pretendíamos *"menoscabar los legítimos derechos de los demás ciudadanos a disfrutar de un clima de paz social"* y que *"pudiendo ejercerse acciones en menoscabo de las libertades ciudadanas... y alteraciones del orden público"*, acordaba no conceder la autorización solicitada.

Durante aquel período tuve que soportar toda clase de molestias e insultos en anónimos, llamadas telefónicas de madrugada y amenazas. A través de la Prensa internacional realizamos una serie de presiones, y tras otras muchas gestiones, finalmente, el 3 de junio –o sea, 48 horas antes del día señalado- el gobernador nos citó en su despacho a Antonio Jiménez Blanco y a mí, advirtiéndonos que sólo se permitía un acto limitado estrictamente a media hora, y que nos hacía personalmente responsables de "cualquier cosa" que ocurriera en Fuente Vaqueros, Como durante la celebración, la guardia civil tenía tomados todos los tejados alrededor de la Plaza, a la que apuntaba con sus armas, nuestra preocupación principal en aquel momento fue evitar cualquier gesto que pudiera tomarse como pretexto o provocación y desencadenara una reacción de consecuencias imprevisibles. Tras los 30 minutos reglamentarios (y 40 años de silencio), acabó el acto. Afortunadamente todo transcurrió según lo previsto, y después hemos podido celebrar cada año en paz y libertad la conmemoración.

En septiembre de 1976, Antonio Gallego Morell, que había sido rector de la Universidad de Málaga, fue elegido nuevo rector de la de Granada. Aceptamos entrar en ese difícil momento como vicerrectores Vara, Sainz Cantero y yo, en Ordenación Académica. Evidentemente la situación no era fácil, pero éramos conscientes de que cada cual en su propio ámbito tenía que colaborar para incorporarnos a una órbita democrática no diferente de la de los países europeos a los que pertenecíamos. Al fin y al cabo eso habíamos venido intentando hacer desde tiempo atrás. Los principales y cotidianos problemas del siguiente quinquenio fueron cómo

compaginar desde el Rectorado las durísimas presiones que nos llegaban desde la extrema izquierda y la extrema derecha, con una política académica que fuera digna de tal nombre y que permitiera el relativamente normal funcionamiento de la Institución. No es este el lugar de contar aquella interminable sucesión de peripecias, unas trágicas y algunas cómicas. Incluso hubo algún momento en que el rector y yo tuvimos que salir a la plaza de la Universidad, tomada por la policía antidisturbios, y pedirles que no asaltaran el edificio, y dejaran un pasillo libre por la calle Escuelas para evacuarla. En fin, son viejas historias. Pero lo cierto es que en nuestro mandato –dadas las circunstancias- predominaron los problemas políticos, con mucho, sobre los académicos, lo que complicaba enormemente cualquier gestión.

Por poner un único ejemplo de esta situación: es oportuno recordar la Junta de Gobierno celebrada en 17 de abril de 1978. A iniciativa de mi Vicerrectorado, el Rector propone la creación de la Escuela Superior de Ingenieros de Montes, la de Biblioteconomía y Documentación, y la Facultad de CC. Políticas y Sociología. Un catedrático en representación de Derecho dice que esta no puede ser decisión de la Junta de Gobierno, sino del Claustro. Advertí que se trataba de un proyecto, que una vez aprobado por la Junta, pasaría los demás trámites, pero primero era necesario que la Junta lo refrendara. El jurista se opone de nuevo, advirtiéndome que como es un tema que afecta “a la sociedad”, se requiere un estudio previo para ver las necesidades de esta, y para ello había que “consultar a las fuerzas sociales y políticas”, incluidas las asociaciones de vecinos. Actitud pedagógica y sin precedente mundial alguno, pero apoyada por la representación estudiantil, que origina una polémica, al final de la cual no se toma ninguna decisión. Resultado: la creación de la Escuela de Biblioteconomía se retrasa cinco años, la de CC. Políticas y Sociología diez, y de la Escuela de Montes no se ha vuelto a hablar. Pero bajo una actitud aparentemente populista de quienes se oponían al proyecto, lo que había en el fondo era una simple intención personal de

torpedear cualquier iniciativa que entonces procediera del Rectorado, a cualquier precio, que fue alto.

Siguiendo la línea de investigación iniciada años antes, en 1976 conseguimos que la Fundación Ford aceptara subvencionar un estudio sobre el retorno de emigrantes españoles y portugueses a sus respectivos países. En efecto, en 1974, como consecuencia de la crisis económica recién iniciada, se había interrumpido la entrada de inmigrantes a los países de la CEE, y a medida que vencían sus contratos, empezaban a regresar a la Península Ibérica. El problema era más grave en Portugal, con la precipitada llegada de más de medio millón de colonos, indígenas y familiares, de sus excolonias en África, tras la "revolución de los claveles". Nuestro propósito era comparar los efectos económicos, políticos y sociales de tal retorno sobre las dos regiones meridionales de ambos países: el Algarve y Andalucía. Había ya una extensa literatura sobre la emigración, pero en cambio muy escasa sobre el retorno. Únicamente algunos colegas italianos, como Reyneri, Rosoli y Spreafico habían trabajado en torno a algunos aspectos del regreso al Mezzogiorno.

Colaboró con nosotros Grgory, y aunque el equipo de trabajo portugués fue incapaz de presentar unos resultados tangibles, respecto a Andalucía entregamos un extenso Informe en 1979 a Ford, el cual se plasmó en toda una serie de artículos y capítulos de libros en español y en inglés aparecidos en diversas publicaciones. También por entonces realizamos una investigación sobre abstencionismo político en Andalucía, que fue la primera de una serie sobre temas electorales en nuestra región, aparecidos en años sucesivos. Interesada igualmente en nuestro trabajo para Ford, la Fundación Volkswagen tomó el acuerdo de patrocinar, algún tiempo después, otro estudio sobre el regreso de los emigrantes, que publiqué en 1989 bajo el título "*Retorno al Sur*".

A lo largo del periodo que se inició en 1972, un número considerable de alumnos destacados se incorporaron o colaboraron con el Departamento, defendiendo sus tesis doctorales con toda brillantez. Así, Julio Iglesias de Ussel, Manuel Bonachela, Gregorio Cámara, Javier Terrón, José Sánchez, Juan J. Ruiz-Rico, y otros ya en los 80. No puedo dejar de mencionar que en este intervalo también en la Autónoma de Madrid, Murillo dirigió una serie de tesis doctorales a Ramón Palmer y a sus nuevos discípulos de allí, hoy compañeros nuestros, entre ellos destacadamente Rafael del Águila y Fernando Vallespín.

En junio de 1979 se celebraron en Granada la V jornadas de Ciencia Política y Derecho Constitucional, organizadas por nosotros, en las que se reunieron casi 200 profesores de toda España, procedentes de las áreas de Derecho Constitucional, Derecho Político, Sociología y Ciencia Política, principalmente. Independientemente de la abundancia y calidad de las ponencias y comunicaciones (e incluso un inolvidable concierto de guitarra de Manuel Cano, en el Patio de los Arrayanes), al llegar a la hora de las conclusiones y recomendaciones, los miembros del Congreso, por unanimidad, votaron a favor de nuestra iniciativa de creación en Granada de una Facultad de CC. Políticas y Sociología. Respaldo masivo pues, de los especialistas, que era con el que teníamos que contar, y no tanto de la Asociación de vecinos del Zaidín o la Chana, como se nos había exigido.

Al año siguiente, 1980 –del que ya no voy a pasar- me vi en la necesidad de aceptar el decanato de Derecho, debido a la difícil situación en que en ese momento se encontraba la Facultad, y la conveniencia de contar con el firme apoyo y la confianza del Rectorado. Por tal razón renuncié a una posible candidatura a este. Fue aquel un momento interesante, porque el Rectorado y la Biblioteca general, hasta entonces en el edificio de la Plaza de la Universidad, pasaron al Hospital Real, dejando mucho más espacio para Derecho. Esta iniciativa la habíamos adoptado en 1977, por lo que las obras consiguientes ya estaban

terminadas en el Hospital Real. Los resultados fueron espléndidos desde los puntos de vista funcional y estético. En otro orden de cosas, pensé que mi labor podía ser más efectiva desde Derecho, una vez superado el primer envite de la transición. En aquel curso 1979-80, entró como colaborador en el Departamento Juan Montabes, a quien tengo que agradecer de muchas maneras su lealtad personal en difíciles circunstancias.

Respecto a la asociación formal de los sociólogos en España, incluso a comienzos de los años 80, aún subsistía una cierta confusión entre los sociólogos como profesión y como "afición". Abundaban todavía los curas bien intencionados, que lo primero que le decían a uno era, "mire Vd., yo no quiero hacer una encuesta". Como si esta supusiera la panacea final de todos los problemas de su feligresía.

Algo parecido ocurría también con algunos intelectuales y profesores de Universidad que no tenían muy clara su vocación, su objetivo profesional, su carrera o las tres cosas. Y así, lo mismo concurrían a las oposiciones a adjuntos o pretendían entrar en las cátedras, sin más, personas de formación predominante teológica, filosófica, ética, de moral social católica (que se autodenominaban con toda seriedad "sociólogos"), jurídica, histórica, e incluso literaria. Recuerdo que años atrás, un opositor a cátedra llegó incluso a hablar en su primer ejercicio sobre la "música de las esferas".

De manera que todo el mundo era o podía ser sociólogo, o politólogo, lo mismo que todo el mundo se cree con derecho a opinar sobre fútbol. Este ambiente se encontraba además muy cargado por el peso de la política en su estado puro. Quiero decir que los científicos sociales –o quienes pretendían serlo– padecían (padecíamos) una carga de politización, generalmente de una izquierda más o menos particular, que era fruto natural de la represión previa, y de la subsiguiente efervescencia de nuestra transición, todavía en auge. En muchos más o

menos "intelectuales", el rechazo a cualquier supuesto de jerarquización, como opuesta al sistema asambleario, era a menudo automático, y el concepto de autonomía en ciertos momentos y mentalidades, no se diferenciaba para nada del cantonalismo.

Con estos espartos hubo que fabricar en 1980 la cesta de la Federación de Asociaciones de Sociología del Estado Español (FASEE). Se redactaron unos Estatutos y se eligió una Secretaría Permanente. La FASEE desde un principio pareció tan poco viable, que una mayoría de catedráticos y buen número de adjuntos decidió no inscribirse ni prestarle su colaboración. A la vista de su largo título (que había tenido que ser pactado por presión de ciertas autonomías), algunos colegas añadían con ironía "...y de los grandes expresos europeos". Incluso alguno se refirió algo despectivamente a "esa asamblea de penenes". De moso que mi papel en su presidencia lo fue por exclusión y no por mérito.

La primera reunión, constitutiva del Consejo Federal, se celebró en Granada, en un ambiente un tanto anómico, pero la buena voluntad y la paciencia de la mayoría de los componentes consiguió que las cosas mejorasen poco a poco. En algo más de un año se constituyeron casi todas las Asociaciones regionales, de forma que pudimos celebrar el I congreso de Sociología en Zaragoza, en 1982. Me siento orgulloso de que frente a incomprendiones y personalismos, la FASEE saliera adelante, y llegara a ser la espléndida realidad que -ya como FES- contemplamos hoy.

A modo final

Me aventuro a creer que quizás nosotros aportamos algunas de las gotas de la gigantesca avalancha de voluntades que transformó España a partir de 1975, y para siempre. Superadas las incidencias de la transición, y el último bache de 1981, se inició el período de normalidad democrática de que tan necesitado había estado el país durante cuarenta años. La Historia proseguía, y para bien. La Universidad, ciertamente, era otra; pero es evidente que si no hay cambios, no hay Historia.

Respecto a nuestra Escuela, sólo puedo añadir que, en el momento presente, cabe calcular que, debido a su expansión, pertenecen a ella en diversas Universidades 108 docentes, de ellos, 66 doctores.

Como antes manifesté, por ahora parece preferible acabar aquí, y con una probable continuación en un futuro forzosamente próximo, un relato que en forma inevitable, ha adolecido, en parte de lo personal, y en parte de lo académico, por lo que sólo espero que lo juzguen con magnanimidad.

Deseo por último, dedicar estas palabras a los alumnos de esta Facultad, por razones muy personales, y en especial a los que este año comienzan su carrera universitaria. Que no cejen ante las incomprendiones, las incomodidades ni las injusticias. La vida es así, pero no lo duden: esta es su mejor opción. Adelante.

Señores académicos, señoras y señores, amigos todos, no tengo muchos más medios de mostraros mi aprecio, que daros las más efusivas gracias por vuestra confianza, y por vuestra presencia. He dicho.



Discurso de contestación

Del Excmo. Sr. D. Julio Iglesias de Ussel y Ordís

José Cazorla, Académico

Julio Iglesias de Ussel*
Catedrático de Sociología.

*Todo lo que se escribe en estos
tiempos y que merece la pena leer
está orientado hacia la nostalgia*

Julio Cortazar

Se produce en este acto una peculiar situación por la generosidad de la Academia al haberme asignado la honrosa tarea de dar la más cordial recepción al Profesor Cazorla. Mi innegable satisfacción no puede ocultar la conciencia de la singular ambigüedad en que nos encontramos. Hay un cambio de papeles, una inversión de las jerarquías. Es el alumno, el discípulo, a quien le corresponde –por generosidad de la Academia- dar la bienvenida al maestro. Se trata ciertamente de una alteración de los ritmos temporales pues, como en ocasión similar se recordó, no parece natural que los ahijados presenten a sus padrinos, ni que los discípulos alcancen antes que los maestros esta clase de honores. Pero se trata de una circunstancia fácilmente comprensible. Si el discípulo recibe al maestro es porque le permitieron, como nos recordó Merton, subirse “a hombros de gigantes”. Y es la entidad del maestro, la calidad de esos hombros, y no la propia estatura, los que ubican al alumno en posiciones privilegiadas al señalarle el horizonte del más allá de la sabiduría. Esta es la auténtica grandeza del magisterio para quienes hemos tenido oportunidad de recibirla.

Y este es el caso que nos ocupa hoy. Lo pone en evidencia el sumario –no podría ser de otra manera- recordatorio de los excepcionales méritos que concurren en nuestro recipiendario. Y para sintetizarlos nada mejor que mirar a sus propias raíces, al arranque de su trayectoria. Casi cuatro décadas han pasado desde que apareciera, en 1965, una obra atípica en el panorama editorial andaluz. Su título fue Factores de la estructura socioeconómica de Andalucía Oriental. Un estudio singular tanto por su contenido como por su calidad.

Se trataba del primer libro de un joven profesor de la Universidad granadina que inauguraba –con un rigor y una imaginación inusual- una intensa actividad intelectual centrada, sobre todo, en el análisis de la estructura social de Andalucía. La obra venía firmada, ya se sabe, por José Cazorla. Y poco antes había obtenido las máximas calificaciones al ser presentada como tesis doctoral en la Facultad de Derecho, tras superar algún contratiempo para penalizar el atrevimiento de presentar una obra tan distante a la ortodoxia interpretativa del derecho positivo.

Su autor venía arropado por una rica formación universitaria forjada en la Facultad de Derecho de Granada –descrita admirablemente por Miguel Motos- con maestros señeros de las ciencias sociales. Alumno de Arboleya –“un talento sin límites” lo calificó Motos-, de otro de sus maestros, Sánchez Agesta, recibió los primeros impulsos, apoyos y orientaciones para iniciar su carrera académica en la docencia de Sociología en la Facultad de Derecho, de acuerdo con el acertado Plan de Estudios del entonces ministro Ruiz Jiménez.

Estos inicios adquirieron consistencia definitiva gracias a la preparación de su doctorado con Francisco Murillo Ferrol, quien marcó con su ejemplo, categoría humana y altura científica, la vida universitaria granadina para siempre. Este fue quien “abrió en el casi anquilosado mundo Derecho Político de entonces, una ventana

renovadora de ideas y corrientes de pensamiento que jamás ya se cerrará”, como escribió el propio Cazorla en su evocación de la Escuela Mudéjar. Contra viento y marea, abrió la Facultad al terreno de la realidad tan distante a los congratuladores deber ser propios de lo jurídico. Esta relación, cuyo primer fruto fue la citada tesis doctoral, dio paso a un aprendizaje permanente avivado por la intensa colaboración, sobre todo durante una década -entre 1962 y 1972-, en la que Francisco Murillo desempeña la cátedra de Derecho Político de la Universidad de Granada.

De esa relación con su maestro surgirá, entre otros muchos frutos, el desarrollo de un innovador Seminario de Derecho Político –por cierto, no se conservan testimonios fotográficos en sus instalaciones, ni siquiera por un amante de la fotografía tan conspicuo como Cazorla- donde fraguaron su formación un buen número de posgraduados, muchos más tarde catedráticos de Ciencia Política, Sociología, Derecho Constitucional, entre otros muchos doctores. Toda una muestra de la formativa realidad interdisciplinar de un Departamento creado con el impulso, empeño y ejemplo de Francisco Murillo, con el apoyo y colaboración imprescindible de José Cazorla.

Algún día habrá de estudiarse, como merece, aquel singular y exitoso empeño universitario gestado desde el entusiasmo y generosidad de sus promotores y la más notoria carencia de medios subsanada, paradójicamente, siempre con la naturalidad de quienes estaban en otros estimulantes empeños intelectuales. Pero la entera evolución intelectual, académica y universitaria de todos los participantes de aquella singular aventura, esta marcada por la densa experiencia de aquel Seminario de Derecho Político, dirigido por Francisco Murillo con la eficaz compañía de Cazorla.

Resulta imprescindible evocar, aunque sea con brevedad, estas experiencias universitarias y personales, para entender la trayectoria

investigadora de Cazorla; la ciencia es siempre tarea colectiva materializada con el esfuerzo individual. Sin el relevante influjo que recibió de estas figuras egregias de las ciencias sociales de nuestro país, con dificultad hubiera llegado a alcanzar solitariamente las cotas académicas que su biografía presenta. La centralidad de la actividad docente, la riqueza temática de los análisis, el permanente espíritu de innovación, la capacidad para abrir nuevas sendas o perspectivas de análisis, el generoso apoyo y respaldo a cualquier interesado –de dentro o de fuera de la Universidad- en el estudio y la investigación y la permanente preocupación por España, éstas y otras muchas ejemplares enseñanzas las recibió Cazorla, en años difíciles, de unos maestros excepcionales de la Universidad española.

Sin el ejemplar magisterio de Arboleya, Sánchez Agesta y Murillo, no sería posible entender la cosecha que presenta nuestro nuevo Académico. Es más, difícilmente puede comprenderse la evolución intelectual de toda la sociedad española, sin la tarea heroica de la generación que –contra viento y marea y en las más difíciles condiciones objetivas- asumió como propósito superar las quiebras e irreparables pérdidas dejadas por la guerra civil. Sobre todo en una ciudad como Granada, que había alcanzado el cenit de su vida cultural inmediatamente antes de aquel desgarró, su hondura era si cabe mayor. La calidad y abundancia de la pléyade de poetas, pintores, músicos, literatos y universitarios del máximo nivel y de muchas especialidades, es de todos conocida y dotó a la ciudad de una altísima densidad intelectual y creatividad, incluso hasta impropia contando con la pobreza y analfabetismo de su entorno. Y fue la generación de maestros de Cazorla quienes hicieron de enlace, recuperando y recreando la memoria de esa Granada perdida intelectual y, todavía más importante, cívicamente. En ese meritorio linaje –pero también empujándolo- encontró su acomodo intelectual nuestro nuevo Académico.

Con estas acrisoladas raíces, no sorprende la calidad de los frutos producidos por José Cazorla, iniciados ya con su tesis doctoral. Planteó en ella –con una ambición de la que a menudo se encuentra sólo en obras juveniles- muchos de los problemas de la estructura social andaluza, a la que Cazorla dedicó desde entonces una intensa actividad investigadora. Contenía un abierto desafío a los planteamientos idealistas sobre Andalucía, frente a una concepción folclórica, esteticista o fatalista. El romanticismo dejó fuera de Andalucía –pero también dentro de ella- un legado de distorsiones asociadas al encuentro de los estereotipos que se buscaban: el orientalismo, el exotismo, la maurofilia, el rechazo al trabajo, los amores pasionales, los bandoleros e incluso el paganismo. La imagen literaria de Andalucía constituía un espejismo de alto alcance. Los fantasmas contra quienes emprendió su tarea iban a ser ciertamente de envergadura por su procedencia y arraigo. Muchos de ellos los describió con galanura en su discurso de apertura de curso 1993-94 en la Universidad de Granada sobre: “Un caso de socialización política colectiva: la generación de los años treinta”, donde los ribetes autobiográficos ayudan a entender la magnitud del esfuerzo y la dureza de los escenarios.

Desde su rigor académico, el contenido de la obra y su análisis de la realidad constituían un alegato en favor de la movilización para el cambio social. La incomodidad para conciencias y gestores públicos era, ya desde ese primer libro, manifiesta. Su militancia en pro de las necesidades de nuestra sociedad fue, pues, activa y nítida desde el inicio de su actividad investigadora y docente. Cabría decir que asumió como tarea intelectual –como compromiso vital- el dar respuesta, con su esfuerzo personal, a aquel inquietante interrogante que de manera brillante formuló Murillo: “Si el andaluz pobre piensa en Barcelona y el andaluz holgado en Madrid, ¿Quién piensa entonces en Andalucía?”.

Una obra con tales características solo podía escribirse desde la objetividad y, si es que en ella cabe hacer gradaciones, desde la más

escrupulosa objetividad. Cada afirmación de su tesis, cada argumento tenía que venir sustentado –como así ocurría- en tal cantidad de avales que hiciera imposible cualquier rechazo interesado. De tal suerte que su admirable obra terminó conteniendo –junto a una fina línea argumental- en su estructura y apéndices, una extraordinaria base de datos, pero hecha solitariamente antes de la era del ordenador. La proeza era, desde luego, apta solamente para gigantes.

El libro documenta una realidad sentida por escritores y artistas pero rechazada en ocasiones por razones claras y a veces menos claras: la enorme diversidad interna de Andalucía. Desde la evolución demográfica a la estructura ecológica, los movimientos migratorios, la renta per cápita o el desarrollo económico, Andalucía cuenta con unas variaciones internas, que su imagen monolítica quedaba convertida en una fantasmagoría. Sus diferencias por tanto no eran –no son- únicamente en relación al conjunto de España, con las que sistemáticamente se analizan cada una de las provincias andaluzas. Con no menos importancia, acreditaba que sus diferencias interiores –por lo menos en algunos aspectos- eran más profundas incluso que las existentes con otras no andaluzas.

La individualidad de Andalucía Oriental y su singularidad socioeconómica, quedará firmemente acreditada en el singular esfuerzo investigador de José Cazorla, para quien si España es un país con enorme variedad geográfica, Andalucía Oriental comprende en si misma todos los matices de esa variedad.: “Ha tratado de mostrar, arrojando luz, que todos los gatos no son pardos –escribió Murillo en el prólogo-. La evolución demográfica, los supuestos ecológicos, la estructura agraria, los diferentes indicadores culturales y económicos nos muestran la existencia de notables diferencias, que son evidentes tras la lectura de este libro y a las que sólo cabría hacerles la objeción de que aun pueden seguir señalándose diferencias en el interior de las dos zonas, Oriental y Occidental”.

Si destaco esta primera obra de Cazorla lo hago por su calidad, desde luego, pero también porque un trabajo de tal ambición no podía quedar cerrado al concluirse. Su término fue tan sólo el punto de partida. Conlleva un compromiso, un reto, un desafío intelectual para la comunidad académica, asumido como propio por su autor. En pocos casos como en el presente, su autor ha estado a la altura de los desafíos que él mismo abrió a toda la comunidad científica. Una eclosión de actividad le llevó, desde entonces, a abordar de manera ejemplar la multidimensional diversidad y –lamentablemente- atraso de nuestra Andalucía.

James Joyce sostuvo que, dentro de sí, todo escritor alberga, en esencia, tan solo una novela; y que las demás son variaciones artísticas sobre ese texto único y esencial. Pues bien la historia académica de Cazorla es justa lo contraria; sus sucesivas investigaciones son piezas incesantes e imprescindibles –las variaciones artísticas-, para conformar el calidoscopio global de Andalucía. Una perspectiva total de su estructura social que, estoy seguro, algún día nos entregará, desde la experiencia de su madurez. Hemos de pedirle esta futura aportación al conocimiento de nuestra región. Un texto que tanto bien aportaría a nuestros ciudadanos, escrito desde la libertad de su sabiduría y excepcionales conocimientos, al modo del publicado por otro granadino egregio, Antonio Domínguez Ortiz, en su admirable España, tres milenios de historia. Algún día Cazorla nos proporcionará esa visión sociológica sintética de esta región, de las más estudiadas del universo, pero que no ha llegado a alcanzar todavía las posiciones que potencialmente esconde en su realidad social. Quizá, como ha señalado nuestro nuevo académico: “porque quienes poseen los recursos casi nunca se molestan en encabezar iniciativas, y los que intentan desarrollarlas, carecen de capital”.

Si el alcance de un estudio radica en los interrogantes que abre más que en las respuestas que brinda, pocos especialistas como Cazorla ofrecen unos palmares tan brillantes. Su continuada tarea de análisis de la realidad sociopolítica de Andalucía, es muestra de su permanente compromiso intelectual y vital con nuestra región, mucho antes que esa entrega ofreciera, a otros, rendimientos de todo orden. Pocos estudiosos han respondido a lo que tal vez sea uno de los más nobles propósitos de todo estudioso: responder a las necesidades del entorno, plantear respuestas, formular preguntas, marcar sendas para el porvenir, cuestionar concepciones arraigadas. Como todo especialista responsable de las ciencias sociales, estudia la sociedad no para gobernarla, como quería Augusto Comte, pero sí para diagnosticar los entrecruces de sus potencialidades. De ahí el acierto de nuestra Academia al integrar a una de las personalidades más vinculadas intelectualmente con el presente y, por su sabiduría, al futuro de Andalucía.

Su ingente obra, en efecto, es exponente de su pasión irrefrenable por hacer inteligible –para transformarlas– las condiciones sociales del atraso de Andalucía. De ahí que desde aquel libro aparecido en 1965, la lista de investigaciones realizadas por José Cazorla es interminable. Su compromiso vital con Andalucía, su pasión por transformarla, se ha hecho manifiesta en decenas de libros y centenares de artículos, multitud de investigaciones, decenas de tesis doctorales dirigidas y, más aún, hechas bajo su cobijo e impulso, dedicados siempre a aspectos centrales de la realidad sociopolítica de nuestra región y de nuestro país. Pero su constante actividad investigadora la revistió de un único toque de prudencia. Cazorla –de todos es sabido– nació ya con el pelo blanco, para hacerse perdonar su permanente juvenil energía. Con ese símbolo de respetabilidad, recubierto con esa apariencia física venerable, se hacía “perdonar” su precoz madurez científica y profesional, su activa entrega a su misión intelectual. Astucia muy conveniente en un país

donde alguien catalogó a la envidia como el verdadero pecado capital de los españoles.

La incesante labor investigadora del Profesor Cazorla se ha visto enriquecida por su formación interdisciplinar. Ha sido un magnífico ejemplo de acertada incorporación de los útiles teóricos e históricos proporcionados por el Derecho Político, la Sociología y la Ciencia Política, en el transcurso de su densa vida académica. Y esta transversalidad formativa y de estudio, le ha permitido huir de toda especialización limitativa y le ha dotado de una ágil cintura mental, imprescindible para desenvolverse con agilidad y brillantez en la indispensable interdisciplinariedad. Con esta experiencia y su posterior ampliación de estudios en Estados Unidos, con Juan Linz en la Universidad de Columbia, incrementó su formación, su amplitud de miras, sus contactos y colaboraciones con los mejores especialistas del mundo. Una estancia americana, por cierto, realizada con enormes costes personales y que denota muy bien su entrega al trabajo científico y al cumplimiento de obligaciones académicas. Pocas personas –ayer y hoy- hubieran asumido conocer –por razones de estudio- a su hija media docena de meses después de su nacimiento. Una distancia y demora que no hizo sino incrementar la cálida y divertida relación que siempre ha mantenido con sus hijos y con Elena.

Como el arquero orteguiano, José Cazorla ha acreditado efectivamente una voluntad férrea, que se ha manifestado de muchas maneras a lo largo de su rica actividad universitaria. Y fue así no solo por sus opciones, sino por el contexto vital que le toco vivir. Ya se sabe que a Cazorla le ocurrió lo que había pronosticado Borges: “Como a todos los hombres, nos tocaron malos tiempos en que vivir”. Pero su permanente espíritu crítico no llevaba un mensaje ni al pesimismo ni a la melancolía. Todo lo contrario; su pensamiento siempre iba dirigido al impulso de la acción, al impulso del cambio, al reformismo realista. Tal vez por eso mismo sus perspectivas eran todavía más incómodas para

los sectores establecidos –antes con la Dictadura y ahora con la Democracia-: por el realismo desde el que aborda la crítica a la situación y la lógica de las alternativas propuestas; es el peligroso alcance, siempre, de la utopía de la razón.

Cazorla dedicó sus tiempos vitales en una incesante tarea de desvelamiento de aspectos sustanciales de la realidad social. Prestar atención individualmente a su ingente obra sobrepasa lo que es prudente en este acto, porque no hay dimensión significativa de nuestra realidad que haya quedado ajena a su atención. Los problemas del subdesarrollo, la motivación al desarrollo, las desigualdades sociales en Andalucía, la emigración y el retorno de los emigrantes, los problemas de la reciente inmigración hacia España y sus efectos, sobre todo, en el Magreb, la socialización y la cultura política, la iniciativa empresarial, el cambio político, la religiosidad y la estructura social en Andalucía, la juventud, el paro, la dinámica cultural de la sociedad andaluza, las elecciones, el viejo y el nuevo clientelismo político en Andalucía, la estratificación social en España, la formación y evolución de la Comunidad Andaluza, la Universidad de Granada; estos y otra multitud de títulos son buen ejemplo de su permanente compromiso –intelectual y vital- con una Andalucía a la que, desde el inicio de su actividad investigadora, hizo objeto de su pasión por conocer y de su anhelo de cambio. Al evocar esa trayectoria –venturosamente abierta a un futuro igualmente rico y sustancioso-, asombra la calidad con que se inició tanto como la magnitud del recorrido. No se sabe si admirar más el rigor inicial o la coherencia de su trayectoria, siempre enriquecida con la atención escrutadora a los problemas sociales emergentes.

Como intelectual comprometido con el conocimiento, no desechó cualquier tipo de tareas necesarias, incluyendo las menos gratas. Buena muestra ha sido, por ejemplo, su empeño en traducir obras básicas de Ciencia Política y de Sociología –todas de primera calidad- al español. Me refiero por ejemplo al Sistema Social de Parsons –realizado con José

Jiménez Blanco-, La Sociedad Ambiciosa de McClelland, Sociología de MacIver, La Población de Petersen o Las Bases Políticas del Desarrollo Económico de Holt y Turner o la conocida obra sobre Política y Ciencia Social de Mackenzie. Son esfuerzos para la incorporación a nuestro panorama intelectual de obras con perspectivas y enfoques hasta entonces desatendidos en España. Pero su tarea superó en todos los casos la mera versión a nuestra lengua de esas obras. Se trataba de obras innovadoras –y enormemente complejas como la de Parsons- que le obligaron a acuñar terminología adecuada en lengua española para definir los fenómenos implicados. Una tarea que alcanzó efectos en los lectores de las obras desde luego, pero también repercutió favorablemente en la comunidad científica en su conjunto, por el éxito de sus incorporaciones terminológicas a nuestra jerga sociológica. En esa faceta, el trabajo de Cazorla, acreditó el acierto de aquella apreciación de Ortega y Gasset al juzgar que la traducción en el orden intelectual aparenta ser una tarea humilde y “sin embargo resulta ser exorbitante”; por eso ha estado en ella José Cazorla.

Los foros en los que ha estado reclamado para aportar su capacidad de trabajo han sido igualmente muy numerosos. Su capacidad de gestión ha sido siempre proverbial y cuanto más sobrecargado de trabajo, más eficaz es en la resolución de los problemas. Permanentemente reclamado como Director de Departamento, Vicerrector de Ordenación Académica en los años complicados de la transición política –de 1976 a 1980- y para gestionarla con apertura y acierto, y cuando la Universidad de Granada aborda los desafíos de sus siguientes dos décadas en el Rectorado de Antonio Gallego Morell, otro granadino e intelectual de fuste. Decano en dos ocasiones, pero en dos Facultades: la de Derecho y la de Ciencias Políticas, pero ésta última requiere dos palabras.

Cazorla fue, durante muchos años, impulsor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología que nacería solo gracias a su incesante

trabajo –una prolija experiencia en la toma de decisión llena de deliberados obstáculos que analizó como científico y criticó como ciudadano en su trabajo sobre “La política de la práctica a la teoría”- en una dilatada gestación hasta su creación en 1988. Fue su primer Decano hasta 1992 en que, contra los unánimes apoyos y deseos –y lo puedo afirmar por la experiencia de haber sido su sucesor, obligado por su contumacia, en el Decanato-, decidió dejar la tarea en primera línea. Cualquier universitario con análoga experiencia en la puesta en marcha de un centro universitario, sabrá medir la magnitud del esfuerzo requerido para llevar a buen término una decisión de este tipo; tarea que Cazorla realizó con indudable acierto y entrega sin límites. Con justicia debe decirse que la Facultad no hubiera existido sin su empeño, ni su puesta en marcha sin su mano de hábil gestor. Y hay que decir que siempre se le ha reconocido porque, y es otra singularidad de nuestro personaje, ha logrado hasta desmentir el refrán que advierte que nadie es profeta en su tierra. Cazorla lo ha sido siempre, dentro y fuera de la Universidad; una proeza solo accesible a los escogidos.

Este telón de actividades debe completarse con un sin fin de actuaciones promovidas por José Cazorla. Una de la que ha contado una honda expansiva más fecunda y dilatada fue su papel en el nacimiento de la Revista de Estudios Regionales en 1979. Hoy se encuentra configurada como la plataforma de los mejores estudios científicos sobre la diversidad regional dentro y fuera de las fronteras españolas. Vinculada a todas las Universidades andaluzas, debe su esplendor a la apuesta personal de un grupo de excelentes universitarios –entre ellos Cazorla- vinculados desde siempre al devenir de su política científica y editorial.

Pero son innumerables las tareas colectivas impulsadas por Cazorla. Libros de varios autores, investigaciones en colaboración, miembro de Comités de Programas de numerosos Congresos internacionales, Presidente o Directivo de incontables Asociaciones Científicas y

Profesionales, Asesor de Fundaciones y entidades culturales, miembro del Consejo de Redacción de multitud de revistas profesionales, evaluador de proyectos para todo tipo de centros de estudios e investigación y organizador de múltiples Congresos, Seminarios. Su tarea en pro de la organización de los especialistas ha sido igualmente destacada, baste mencionar su papel en la creación, en 1980, de la actual Federación Española de Sociología, de la que fue su primer impulsor y Presidente. Pero sus impulsos ciudadanos no fueron menos relevantes. Baste recordar su protagonismo en la organización del primer homenaje ciudadano a García Lorca, celebrado en una plaza pública de la localidad de Fuente Vaqueros en junio de 1976, con la abierta hostilidad de las autoridades de entonces. Otro impulso, en la línea de sus maestros, en la recuperación de las raíces y memoria histórica de nuestra región.

Hay además una dimensión de su currículum a la que debo aludir solo con brevedad, pero que es, sin embargo, esencial para entender su biografía, así como su relevancia universitaria. No es necesario detenerme, porque ustedes han oído su intervención. Me refiero a sus excepcionales capacidades docentes. Cazorla ha sido tanto o más que investigador, un profesor de capacidades y habilidades fuera de lo común. El afecto que conserva entre multitud de antiguos alumnos, tiene mucho que ver con su enorme capacidad para transmitir conocimientos, incitar a descubrir y hacer atractivo el mensaje científico. Cuenta con una privilegiada habilidad para comunicar –dentro y fuera de las aulas- con cualquier interlocutor logrando captar, del inicio al fin, la atención y el interés de su auditorio.

Clases, conferencias e intervenciones de Cazorla cuentan con éxito asegurado. Y no solo por el rigor de su pensamiento y su habilidad con la palabra, sino por sus dotes para la comunicación no verbal. Cuando habla, lo hace no sólo con la palabra sino también con un acertado tono y gestos que envuelven su elocuencia. Es tal su capacidad de

comunicación que con justicia se le puede aplicar el verso gongorino: "habla callando". Generaciones de estudiantes granadinos se han beneficiado de esa singular capacidad docente de Cazorla que siempre ha ejercido con excepcional acierto y con dedicación, rigor y centralidad en su actividad universitaria. Y por ello son innumerables los alumnos quienes, cualquiera que haya sido su actividad profesional posterior, han seguido vinculados con el alma mater desde el recuerdo y la nostalgia de las explicaciones magistrales de Cazorla que tantos sueños de madurez despertaron.

Con semejantes dotes pedagógicas y ejerciendo tareas docentes en las disciplinas que ha enseñado, la proyección exterior de nuestro nuevo Académico ha sido permanente pero no solo vinculada a la docencia y a sus investigaciones. Su sentido del compromiso intelectual le ha llevado a tener continua presencia pública en los medios de comunicación, sobre todo la prensa. En estas décadas no ha habido problema de actualidad, cuestión candente, en la que no se haya dejado sentir la voz y el análisis crítico del Profesor Cazorla. Su propósito ha sido siempre desechar aquel consejo de Baudelaire: Cuidad de estar siempre engañados en literatura o amor, porque la verdad es siempre atroz.

Pues bien, hizo justo lo contrario. Se comprometió con la verdad –por impertinente que resultara a cualquier poder- por muy atroz que resultara su desvelamiento. Era el desconocimiento de los otros lo que es atroz para Cazorla y de ahí su permanente vocación docente, de transmitir ideas. Por doquier ha dejado la impronta de aquel género de sabiduría propio del espíritu universitario que muy bien sintetizó en 1902 otro genial polemista Miguel de Unamuno: "Solo el que sabe es libre, y más libre el que más sabe y el que, por saber más, se ve forzado a elegir lo mejor. Sólo la cultura da la libertad. No proclaméis la libertad de volar, sino dad alas; no la de pensar, sino dad pensamiento".

Por eso su imagen ciudadana sobrepasa con mucho a la de un Profesor circunscrito a las aulas universitarias y queda muy lejos de la imagen del científico enclaustrado en su torre de marfil, ajeno a la evolución social. Es el ejemplo opuesto. Ha sido sujeto activo del devenir de la Comunidad Autónoma de Andalucía con su cotidiano protagonismo ciudadano. La prensa –incluso su activo apoyo a muchos proyectos en fase de nacimiento- ha reclamado continuamente su presencia, al igual que otros medios. Por esto los medios de comunicación han sido vehículo privilegiado de su proyección intelectual, donde han aparecido miles de artículos si añadimos los editoriales de prensa a los firmados, y dan testimonio elocuente de esa voluntad de compromiso con el bienestar social de su tierra. Un compromiso ciudadano que ha contribuido a generar importantes corrientes de opinión en nuestra región en todas las cuestiones nucleares de su evolución.

La característica común de este ingente esfuerzo periodístico al servicio del futuro de Andalucía ha sido siempre su rigor y su compromiso. Su contenido contiene ejemplos de todos los estilos. Algunos recogen auténticos desahogos, envueltos de pesimismo a lo Larra, pero la mayoría son disecciones de una realidad necesitada de rápidas reformas, cuya puesta en práctica proclama. Pero por doquier emerge una ironía fina, que en ocasiones provoca hasta hilaridad, buena muestra del sentido del humor que siempre ha caracterizado –y de manera bien patente- la personalidad de José Cazorla para solaz de sus amigos y alumnos. Por fortuna no han quedado sepultados por lo efímero del día. Una extensa selección de estos artículos los recogió en su libro titulado, de manera bien elocuente, *Crónicas desde Andalucía. Análisis desde la realidad, frente al tópico y la utopía*, editado por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología en 1995. Pero desde entonces otra nueva multitud de testimonios de su ingenio y agudeza ha encontrado cobijo y eco en la prensa andaluza para el placer de todos nosotros y que están a la espera de recuperación en un nuevo libro.

Naturalmente he resaltado la dimensión andaluza de nuestro nuevo Académico. Pero su retrato cabal debería enfatizar, a igual nivel, su prestigio nacional e internacional. Lo evidencia su proyección en esos ámbitos, sus obras publicadas en otros países –sobre todo anglosajones–, sus colaboraciones con autores de más allá de nuestras fronteras y en su permanente presencia reclamado en los más importantes foros científicos y universitarios de su especialidad, y de todo ello debo aludir muy sumariamente. Ha realizado investigaciones y publicado libros y artículos con destacados investigadores foráneos. Ha sido reclamado como Visiting Professor en numerosas Universidades de Estados Unidos. Ha recibido becas o ayudas de investigación de las principales Fundaciones mundiales –Fundación Europea de la Cultura, Elías Ahuja Foundation, Fulbright, Rockefeller, Ford, Volkswagenwerk, la Comisión de la Unión Europea–, sin mencionar las españolas. Es miembro del Consejo de Redacción de todas las Revistas nacionales relevantes de su especialidad y otras extranjeras como International Journal of Sociology and Social Policy o Migration de Berlín etc.

Y junto estos reconocimientos científicos, el catalogo de reconocimientos, distinciones, honores y premios, por interminable tampoco puede ni tan siquiera resumirse en un tiempo adecuado. Medallas –de la orden civil de Alfonso X el Sabio o la de Isabel la Católica– han reconocido su ejemplar trayectoria al igual que han respaldado su ejemplar ejecutoria premios como el Andalucía de Periodismo (1986), el “Joaquín Guichot” de Investigación Socioeconómica (1992), el “Plácido Fernández Viagas” por sus aportaciones al estudio de la Comunidad Autónoma de Andalucía (1995), el “Premio Nacional de Ciencia Política y Sociología” concedido por el Centro Investigaciones Sociológicas en 1988 ó los otorgados por la propia Universidad de Granada en 1992. Pero tal vez los que más le hayan emocionado sean los reconocimientos y gratitudes de sus propios compañeros y alumnos directos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología quienes, por unanimidad, le concedían la Medalla de Oro en

1993; era el reflejo de una dedicación permanente a la creación y fortalecimiento de un centro creado por su esfuerzo y perseverancia. Pero estos premios que menciono son tan solo piezas de un interminable listado de reconocimientos y gratitudes, testimonios envueltos siempre en el afecto suscitado en su incesante y generosa actividad.

El profesor que hoy incorporamos a la Academia, como he intentado sintetizar con brevedad, cuenta con una densa y excepcional biografía intelectual. Pero nos trae también el ejemplo y testimonio de una vida académica hecha de entregas y sacrificios, con la generosa dedicación a -y de- Elena, compañera decisiva de su biografía académica y personal. Una trayectoria basada en el respaldo a discípulos y alumnos, en la apertura de nuevas líneas de investigación, en la promoción o respaldo a cualquier actuación colectiva en colaboración. Y todo ello realizado siempre con un jovial espíritu pleno de optimismo, que le ha permitido sortear cualquier adversidad surgida en el camino. Cualquier colaboración ha sido facilitada por su personalidad siempre accesible y cordial, propicia a la amistad y abierta al entendimiento. Unas virtudes que vamos a tener oportunidad de disfrutar con su incorporación a nuestra Academia.

“Paraíso cerrado para muchos, jardines abiertos para pocos”. El certero diagnóstico sobre la ciudad de Granada, formulado por Soto de Rojas a principio del siglo XVII -y sin embargo tan actual-, sigue necesitado de miradas escrutadoras, a la vez sobre toda Andalucía y España. Y José Cazorla nos seguirá desvelando las umbrías del jardín, las restricciones en el acceso, los límites del paraíso. Un trabajo que la Academia de Ciencias Sociales y del Medio Ambiente de Andalucía agradecerá la primera, en nombre de toda la sociedad andaluza. Nuestra Academia se honra y enriquece al contar con este siempre joven maestro José Cazorla. Por su excepcional categoría universitaria, somos nosotros quienes nos felicitamos al integrarlo en nuestras tareas desde

hoy. Por eso mismo en nombre de la Academia -y más aún en el mío propio- me complace darle la más cordial y esperanzadora bienvenida.

*El presente texto recoge, con imprescindibles adaptaciones, mi intervención en respuesta al Discurso de Ingreso de José Cazorla Pérez en la Academia de Ciencias Sociales y del Medio Ambiente de Andalucía sobre: "La Escuela Mudéjar: evocación de una experiencia personal de tres décadas, 1950-1980", en noviembre de 2001, reproducido ulteriormente en la REIS. Nº 100; 2002.